

M. Casares, S. J.

el respeto como actitud funda- mental

(1) Ciudad Río de Janeiro. Marzo del 63. Sobre los azulejos de la acera, una tarde, cae acribillado a tiros de pistola un chico de 18 años. Otra víctima de una "gamberrada". Los nuevos gangsters son chicos menores de 17 años. Van ya cuarenta asaltos a mano armada, solamente en la primera decena de marzo (2).

Gamberrismo en la juventud: delincuencia juvenil... Mucho hay escrito sobre este asunto (3). No voy a repetir.

Algunos han intentado dar una definición del gamberro (4).

Yo lo definiría como "un hombre carente en absoluto de la actitud del respeto".

He recogido esta nota porque creo que expresa la raíz íntima del gamberrismo.

No voy a hablar del gamberrismo sino de la actitud de respeto en la vida, porque la juzgo básica para cualquier conducta honesta, para cualquier labor formativa; y desde luego para extirpar de raíz el gamberrismo.

Pretendo desentrañar el sentido íntimo ético de esta actitud, partiendo del concepto vulgar que se tiene de la misma.

El respeto

Se da a diario. En un autobús. Un chico se levanta y cede el asiento a una anciana. Es un gesto bonito. Dos cosas en esta conducta: una *comprensión* de la dignidad de la anciana, dignidad necesitada de atención. Y una prudente *expectación espiritual*, para concederle que se desenvuelva según las exigencias de su dignidad.

Negativamente lo comprenderemos mejor. Conviene que profundicemos primero en la postura negativa ante la dignidad de los otros. Es un *atropello*—segundo elemento— que presupone una terrible *ceguera*—primer elemento.

La raíz de esta ceguera ante los valores es la pasión, que cabalga muy a menudo sobre la ignorancia, abandono en la educación... La pasión es un espejismo que trastorna el verdadero sentido de las cosas.

Tipos sin respeto

La pasión que domine en un individuo nos sirve de polarizador para determinar diversos tipos de "irrespetuosos". Los podemos reducir a dos. *El soberbio; y el concupiscente.*

El soberbio—léase "racistas", "clasis-tas", tipos con complejo de "ricos", o de "intelectuales", los orgullosos...— se asoma al mundo por el cristal de su orgullo, de su hambre de brillar. Las cosas y las personas no son más que un pedestal para su gloria. No se ven más que a sí mismos y todo lo demás danzando a su alrededor. No comprenden la superioridad, la independencia de los valores, que radican en la persona. No aceptan su lenguaje, sus exigencias. Los valores exigen reconocimiento piden "libertad" para desplegarse espontáneamente. No comprenden los soberbios que ellos no son los dueños del ser para dictarle derroteros violentando su naturaleza.

A partir de este trastorno visual no es de extrañar que se pisoteen —vinien-do al particular— los derechos del negro a las aulas universitarias, cuando tal concesión se considera una mancha en

la raza blanca. El soberbio se acerca a los otros con la superioridad del que se cree eje del universo. Su "yo" es el supremo valor. Fuera de él, todos son infravalores con misión exclusiva de no estorbarle, o de servirle.

En cambio al concupiscente —el otro tipo negativo— es el utilitarismo, el placer lo que le nubla la visión objetiva de las cosas.

En un *sentido utilitarista*, no percibe de la realidad más que su aspecto *rentable*; y así se pierde toda auténtica visión de la dignidad ajena. Vamos a un caso concreto —los hay infinitos—. Prensa infantil: tebeos, novelas. Es un aluvión de literatura, huera, fantástica, picante, que juega con la imaginación, sensibilidad y sexualidad del pequeño y de la niña. Esa literatura tiene éxito en los quioscos, se la beben los niños. Pero hay aquí una gran falta de respeto a la sicología del niño, todavía tierna. No hay en los autores, editores, distribuidores una comprensión del misterio del alma infantil, de los cuidados que necesita, de lo impresionable de su sensibilidad, de que con esa prensa pueden asolar su espíritu o—por el contrario—ir moldeándolo. Interesa el negocio —*ceguera*—; y lo atropellan todo—no *hay expectación espiritual* ante la dignidad del pequeño. Esta ausencia de respeto del concupiscente adquiere todavía dimensiones más trágicas en el mundo laboral, cuando a la hora de hacer el balance en la marcha de la empresa, el segundo elemento esencial de ella el trabajo —el obrero— se conceptúa en el capítulo de "gastos"; cuando "ganancia" o "beneficio" sólo se entiende para el empresario o accionista. El elemento *trabajo* se ha "cosificado". De esta actitud irreverente ante la dignidad humana del trabajador, al atropello de sus derechos, no hay más que un paso.

Otra vertiente del concupiscente, el que solo ve *lo que de placer* le pueden dar los seres: triste atrofiamiento del

(1) Cfr. DIETRICH VON HILDEBRAND, «*Fundamental Moral Attitudes*». Longmans. New York 1950.

(2) *Surgam*, núm. 170 pág. 6 y 7. El chico asesinado es Odylo Costa Neto, hijo mayor del director de la revista «O Cruzeiro», Odylo Costa Filho.

(3) En esta revista en los nn. 20, 30 y 33. En el núm. 33, se encontrará bibliografía abundante en las notas del artículo «*Tristes rebeldes*».

(4) *Surgam* nn. 172-173, pág. 4 «*Nuestro tiempo*», núm. 70, pág. 409 y 410.

espíritu. Es una mirada miope, torpe, hasta animal, de la vida. ¡Y a lo que puede llevar tal perturbación visual...! El caso de María Goretti y su asesino, es revelador. ¡Ceguera, violación! Nunca pesa tanto la verdad de estas palabras como en estos tipos de concupiscentes.

Hombre respetuoso

El hombre respetuoso, en cambio, "comprende" que toda la creación tiene su destino (cada cosa encierra una dimensión profunda), y que en ese conjunto el hombre está por encima de toda "cosa", y que tiene unos derechos y obligaciones radicados en su gran dignidad como ser libre y espiritual. Que todos los valores creados son superiores, son autónomos (5): No es él el señor de ellos, el que les traza su destino, sino que les viene dado por Dios.

Como consecuencia *sabe colocarse* en su puesto dentro de esta gran sinfonía de las cosas: cumplir él su destino y dejar el suficiente espacio espiritual para que las personas y cosas con las que trata lo cumplan también. Postura de silencio interior, expectante, "respetuoso", ante el misterio que envuelve cada ser.

Dinámica del respeto

Pero es más; hay una mutua interacción entre estos dos elementos—comprensión, expectación— del respeto. Cuanto más profundice uno en la hondura espiritual y sobrenatural que posee un pobre anciano desvalido, por ejemplo, mayor será su expectativa espiritual para no ahogar su dignidad, para atender a sus necesidades. Y al contrario, cuanto mayor sea el silencio interior ante él, mayor comprensión

(5) No están sujetos al capricho del hombre, tienen un destino fijado por Dios.

de las profundidades que encierra su persona como persona y como desamparado.

He dicho antes "atender a sus necesidades", porque los valores llaman; piden respuesta, entrega. Es de este modo, entregándonos a ellos como realizamos nuestra misión humana en la tierra, nuestra personalidad ética. Es decir, gozaremos la paz honda que da haber cumplido su destino.

Pues bien, esta actitud de respeto, nos *capacita* para esa *entrega* ética a la verdad. Nos da esa apertura interior para captar lo auténtico de las cosas, la seriedad de sus invitaciones, la belleza de una entrega a esa Verdad que llama. Entonces está uno "listo" para ella: para realizar grandes obras de servicio a los demás, para algo grande en la vida. El vestíbulo del sacro templo de toda conducta éticamente recta es el respeto.

La actitud del respeto en la vida

El respeto es la base de la paz, de la convivencia, de la amistad, del amor, de la vida religiosa y aun sobrenatural. En una esfera internacional, nacional, urbana, familiar, y aun estrictamente personal.

En el orden internacional: Hungría 1956 ...es un claro testimonio de las trágicas consecuencias a las que se llega por ahogar la libertad y dignidad de una nación. Y así Polonia, Yugoslavia, Rumanía... Y años antes, Hitler, nazismo, antisemitismo, cámaras de gas... y los horrores de una guerra. ¡Adonde lleva una política conscientemente desarticulada del respeto!

Las aplicaciones son infinitas. Cualquier desorden de tipo social, empresarial, estudiantil, en el mundo del negocio, cine, circos, espectáculos... Todo desorden moral tiene como punto de partida una proporcional falta de respeto.

El respeto a la propia persona

Pero aun en una esfera tan personal como es la concerniente al propio cuerpo, es necesaria la actitud del respeto. No sólo para no mutilar, ni disponer de la propia vida corporal, ante la que hay que mantenerse reverentes, como un don dado de arriba, confiado a nuestra "administración", sino aun para no violar la misión dada por la naturaleza a cada una de las funciones del cuerpo. En concreto la función sexual.

La virtud de la pureza está toda embebida en esta actitud de respeto. Respeto al misterio de las fuentes de la vida: función del cuerpo que está enrolada en el "milagro" de la entrada de un nuevo ser humano —ser espiritual y libre— en la vida. Haber captado el profundo valor de este poder creador —participación del poder creador de Dios— en orden a producir un ser con un destino eterno, lleva el que haga enmudecer el tumulto pasional que intenta romper los cauces trazados por la naturaleza —por Dios— a la función de esta esfera.

Sin embargo el hombre impuro ha roto estos cauces; ha desolado el encanto de este misterio. El instinto le ha cegado. No hay pasión que tanto degrade, ni hay miopía mayor, no sólo para "comprender" la grandiosa belleza del misterio violado de las fuentes de la vida, sino sobre todo para tener una visión religiosa de la vida misma.

Respeto en el amor

Todavía unas palabras sobre el amor. El amor es lo más vertebral del complejo humano. El amor es esencialmente personal. "Amar" las cosas, no tiene sentido. Es impropio hablar así. Pues bien; sin respeto mutuo, no hay amor. El primer elemento constitutivo de toda entrega amorosa, es una actitud de respeto. Y aquí inciden los gra-

ves espejismos en esta materia, cuando el amor no estaba cimentado en esta noble actitud de respeto.

Es preciso aquí más que en ningún otro terreno, callar espiritualmente, esperar, dejar en libertad al "tú", al "otro", para que revele ante nosotros toda la riqueza y matices de su personalidad. Mirar a la otra persona, cuyo misterio se yergue imponente ante nuestra vista interior, *en sí misma*. Tenderle mi amistad a ella *en sí*. El lamentable error en todas las adulteraciones del amor está en ahogar la riqueza misteriosa, profunda que tiene el otro, y obstinarse en no ver en él más que el lado de "interés para mí", lo que alimenta mi hambre de placer carnal, sensual o puramente emocional; lo que de él me proporcione dinero, influencia, prestigio...

Aquí radica también la profunda equivocación de los amoríos prematuros en los jóvenes. Creen que aman "al otro" y en realidad no aman más que a una sombra de sí mismos en el otro. No lo ven tal como es en sí, con sus exigencias, sus necesidades, su misterio y dignidad; sino como el ser que "apaga" sus ansias de amar...En realidad, feo egoísmo. No hay respeto.

Y de no haberse guardado "respeto"; es decir, de haberse mirado interesadamente, no haberse "comprendido" tal como eran, y no haberse querido *así*, el uno para el otro, vienen las quiebras en el hogar, y sus consecuencias: desamparo de los hijos, los futuros inadaptados sociales.

Lo que nos dice la revelación

Pero en este asunto, la Revelación nos arroja haces imponentes de luz.

Todos los elementos que integran la actitud fundamental de respeto ganan en sublimidad y profundidad religiosas.

Las cosas, fragancia de Dios

Y primero se goza de una nueva "comprensión" del mundo: el mensaje de la Creación. Las cosas todas, todo cuanto existe en la tierra, en lo profundo de ella y por esos espacios cósmicos, es huella de Dios, fragancia de su bondad. Los siguientes fragmentos de la Palabra de Dios hablan por sí solos.

"Dios creó el cielo y la tierra y todo su ornato. Y vio Dios que era bueno" (Gen. 1,1. 31). "Las obras de Dios son todas buenas" (Ecli. 39, 32-33) "todo ha sido destinado a su fin" (ib. 39,17).

El Eclesiástico nos describe estas maravillas de los dedos de Dios. El ha desplegado su poder y su belleza en ellas, el sol, las estrellas, el arco iris y el trueno; "Dios hace formar remolinos a su nieve, como pájaros. La belleza de su blancura ciega los ojos y cuando cae como lluvia, se conmueve el corazón" (ib. 17-18). "No añadiremos más. Y la conclusión del discurso es que El lo es todo; y El es mayor que todas sus obras" (ib. 27-28).

El salmo 103, es un magnífico canto-oración a las grandezas de Dios reflejadas en la Creación. Todas las cosas tienen un canto a su Señor. "Los cielos cantan la gloria de Dios..." (Salmo 18).

Tan claro es esto en la Sagrada Escritura que el autor del libro de la Sabiduría condena a los paganos que dieron culto a la naturaleza, pues por ella debían haber conocido a su Hacedor, "porque por la magnitud y belleza de las creaturas se deja ver por cierta analogía su Creador" (Sab. 13,5).

En esta línea nos habla el mismo Hijo de Dios, "de las aves del cielo y los lirios del campo, que el Padre alimenta y viste de hermosura" (Mt. 6, 28-29). Pablo (Rom. 1,19-20), y la tra-

dición patrística (6), Agustín (7), Juan de la Cruz (8); y aun fuera del cristianismo, espíritus "respetuosos" ante el misterio del mundo han penetrado este mensaje de la creación (9).

El hombre imagen de Dios

Coronando la huella de Dios en las cosas, el hombre es especialmente imagen de Dios. Espeja de un modo nuevo la personalidad divina: "Creó Dios al hombre a imagen y semejanza de El; varón y mujer los creó" (Gen. 1,27). Hay por tanto una profunda dignidad en el hombre, por el mero hecho de serlo: es imagen especial del ser libre y espiritual de Dios. Es él en sí un compendio de los misterios dispersos que encierra el cosmos.

Además Dios constituyó al hombre señor de toda la creación.: "Domina en los peces del mar y en las aves del cielo y todo animal que se mueve sobre la tierra" (Gen. 1,28). Las cosas son, por tanto, para el hombre y no el hombre para las cosas. Es otro paso más en la grandeza que Dios nos revela del hombre.

El hombre, hermano de Cristo, presencia de Cristo

Con todo la apoteosis de la humanidad, y por ende la de cada hombre la constituye la *realidad de Jesucristo*:

(6) S. TEOFILO ANTIOQUEÑO: «*Ad Autolyicum* L. 1, núm. 4 y 6. *Enchiridion Patristicum* nn. 171, 172.

TERTULIANO: «*Apologeticum*» 17. *Enchir. Patrist.* 275.

PSEUDO-DIONISIO: «*De divinis nominibus*» 7, 3. *Ench. Patr.* 2284.

S. ATANASIO: «*Oratio contra gentes*», 34. *Ench. Patr.* 746.

(7) *De libero arbitrio II, XVI.*

(8) S. JUAN DE LA CRUZ, *Cántico espiritual*, Estrofa 5ª.

(9) RABINDRANAT TAGORE. «*Morada de paz*», Paraíso: Palabras de R. Tagore a los estudiantes japoneses de Tokio, pág. 107, 108. Colección Espasa-Calpe.

Dios invade la Historia y toma la malparada naturaleza humana. Desde entonces el hombre tiene como hermano en la carne a Dios —misterio insondable—. Es un rescatado o al menos destinado a ser rescatado del Malo para entrar en el pueblo de los hijos de Dios: hijos en el Hijo, hermanos de El en la carne y en el “espíritu”.

Pero Cristo ha dignificado todavía más al hombre. El pobre, el hombre necesitado, atribulado —y todos lo somos— es la presencia de Cristo entre nosotros: “Lo que hicisteis a cualquiera de estos a Mi me lo hicisteis” (Mt. 25, 40). Es la sentencia final. El juicio del Amor acerca del amor. Es que no hubo más presencia que la suya en la historia.

El hombre, hermano de Cristo, presencia misteriosa del Hijo de Dios entre nosotros, puesto en el marco de la huella de Dios que es la Creación material.

Pecado, «Potencia irreverentes»

Un golpe de tragedia tronchó el himno del hombre y la creación, a Cristo: la *gran Irreverencia* al misterio de todo lo creado, *el Pecado*. El pecado lo personifica S. Pablo como una gran “Potencia” asoladora que no dejó más que escombros a su paso sobre la obra de Dios (Rom. 5,12). Potencia “ciega” al carácter sacro de lo creado; potencia “opresora”, que ahoga el libre canto de las cosas y del hombre a Dios.

“La creación (Rom. 8,22) entera gime hasta el presente y sufre dolores de parto” y nosotros con ella suspirando por la liberación total, por la destrucción de este inicuo “poder”. Porque “quedó sujeta —ella y nosotros— a la vanidad de este mundo, no voluntariamente, sino a causa del (hombre) que la sometió (pecando), con la esperanza de ser liberada de la esclavi-

tud de la corrupción, para entrar en la libertad de la gloria de los hijos de Dios” (Rom. 8, 20-21).

Es preciso subrayar el sentido profundamente teológico, religioso, de toda falta de respeto. Para S. Pablo lo único que viola el sentido libre de las cosas, el destino que Dios les ha dado, es el pecado. Y la falta de respeto es precisamente, esencialmente, una actitud no expectante, una violación. Todo pecado tiene cara y cruz; lado que mira a Dios, lado que mira a las creaturas. En su aspecto de cara a Dios, dice ofensa a Dios; en su aspecto mundano, dice violación, esclavización de las creaturas. Las faltas de respeto —las nuestras— solemos captarlas desgraciadamente sólo en su dimensión mundana. Pero la Revelación nos ha enseñado el envés de la moneda: el sentido teológico, de esas faltas de respeto: ofensas de Dios, pecado (10).

Conclusiones

La actitud de respeto en la vida cobra así panorámicas inéditas. Es preciso adoptar esta actitud si queremos realizar nuestro destino de hombres, y nuestro destino cristiano en la vida.

Ahora bien —dijimos ya—, no basta “comprender” en todas sus dimensiones la profundidad de los seres —hombres, creación— sino que entra en juego la actitud expectante, que no es “desinterés”, alejamiento, sino silencio interior de todo lo turbio de nuestro espíritu.

(10) Esto no quiere decir que toda falta de respeto tenga la misma gravedad teológica. Más aún en el uso social hay faltas de respeto que son pura convención. Pero profundizando en el fundamento de tales faltas convencionales hay que afirmar que están respaldadas éticamente en la dignidad de la persona. Y más aún, vistas desde el ángulo de la Revelación pueden adquirir tales faltas (y lo mismo la actitud positiva del respeto) un sentido religioso.

rítu, para dejar que brote libre ante nuestra mirada espiritual el "otro" en su dimensión natural y religiosa, tal como es en sí.

Pero para que funcione este engranaje de la actitud del respeto; sobre todo para lograr ese silencio interior, es preciso emprender una seria labor de "poda" en el propio espíritu selvático. Aquí cobra sentido la ascesis cristiana. Es autolabor imprescindible.

Con todo tengo que acusar lo infundado de una actitud respetuosa de exclusiva ética natural. La visión puramente natural es miope. Se queda a medio camino. Es preciso empaparse de la *visión sobrenatural* que nos da la Revelación sobre el mundo, en orden a educarnos y educar en esta actitud fundamental de respeto. Por varios motivos: Primero, porque con la visión que nos da la Escritura del mundo, gana todo en profundidad, belleza, sublimidad. En segundo lugar, el actuar en una línea de respeto a las personas y cosas, cimentados en esta visión "a lo Dios" del mundo, es ya una conducta *trascendente* y de ninguna manera, cuestión de "buen gusto", "fórmulas de convivencia". Por último, es poner en rodaje lo más medular del hombre: el *amor*. La actitud sobrenatural de respeto se abre anchurosa al amor. Un amor también trascendente, porque rebasa lo visible, lo temporal para hundirse, al otro lado, en el Amor que es Dios, oculto en todo lo creado. No olvidemos que si la falta de respeto —cruz— tenía como cara la ofensa de Dios, el pecado; la actitud positiva de respeto a los seres, tiene también como reverso el amor a Dios, oculto en ellos.

Sería infinito desarrollar esto. Me alejaría demasiado.

Contra gamberrismo, educación en el respeto

Recojo el tema inicial. Quiero decir mi palabra sobre el gamberrismo... en orden a sanar, a construir, claro está.

Formular una solución, es sencillo. Llevarla a cabo... años y dedicación.

Raíz del mal: Ceguera, frecuentísimamente irresponsable, debida a una impresionante soledad y vacío interior. Una devastación en el espíritu de los jóvenes. Causas: otros las han investigado atinadamente (11). La más capital: roturas de hogares, abandono a la intemperie de la calle. Remedio: educar, y precisamente en esta actitud de respeto tal como la he desarrollado en el artículo. Insistiendo en ese *enriquecimiento espiritual*, visión profunda, sólida, bella, *religiosa* de la vida. Y no menos en una bien dirigida ascesis, o educación de las tendencias vírgenes en el niño.

Pero para labrar —educar es un paciente laborío—, no basta sembrar, ni rastrillar, sino que es necesario buen clima —sol y humedad. Es decir el *hogar*—que dice *amor*—donde se sienta amado, necesario, ayudado, comprendido el niño (12). Y habrá madurado el hombre respetuoso ante la vida.

(11) LEANDRO BENAVIDES. «Nuestro tiempo» núm. 70 pág. 419 y 420.

(12) Ib. pág. 420.